

Mujer
de la Palabra

A decorative pattern of stylized leaves with diagonal hatching, arranged in a flowing, vine-like manner across the top half of the cover.

Mujer de la Palabra

Cómo ESTUDIAR la BIBLIA,
con MENTE y CORAZÓN

Jen Wilkin

A black and white photograph of an open book, showing the pages and the spine, positioned at the bottom of the cover.

Prólogo por Matt Chandler

B&H
ESPAÑOL

NASHVILLE, TENNESSEE

Mujer de la Palabra: Cómo estudiar la Biblia con mente y corazón

Copyright © 2016 por Jennifer Wilkin

Todos los derechos reservados.

Derechos internacionales registrados.

B&H Publishing Group

Nashville, TN 37234

Clasificación Decimal Dewey: 220.071

Clasifíquese: BIBLIA – ESTUDIO Y ENSEÑANZA / MUJERES CRISTIANAS / VIDA RELIGIOSA

Publicado originalmente por Crossway con el título *Women of the Word: How to Study the Bible With Both Our Hearts and Our Minds* © 2014 por Jennifer Wilkin.

Traducción al español: Annabella Vides de Valverde y Dr. José Mendoza

Tipografía: 2K/DENMARK

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida ni distribuida de manera alguna ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos el fotocopiado, la grabación, y cualquier otro sistema de archivo y recuperación de datos, sin el consentimiento escrito del autor.

A menos que se indique otra cosa, las citas bíblicas se han tomado de LA BIBLIA DE LAS AMÉRICAS, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas DHH se tomaron de Dios Habla Hoy®, Tercera edición, © 1966, 1970, 1979, 1983, 1996 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas bíblicas marcadas NVI se tomaron de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional®, © 1999 por Biblica, Inc. ®. Usadas con permiso. Todos los derechos reservados. Las citas marcadas RVA se tomaron de la Reina Valera Actualizada © 1989 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas marcadas RVC se tomaron de la Reina Valera Contemporánea®, © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso. Las citas marcadas RVR1960 se tomaron de la versión Reina-Valera Revisada 1960, © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

ISBN: 978-1-4336-9174-4

Impreso en EE.UU.

1 2 3 4 5 * 19 18 17 16

Para Jeff, quien mejor me conoce.
Tú me diste ánimo. Salmo 34:3

Contenido

Prólogo por <i>Matt Chandler</i>	9
Introducción	13
1. Cambia las cosas.	19
2. Argumentos a favor de la alfabetización bíblica	35
3. Estudia con propósito.	49
4. Estudia con perspectiva	61
5. Estudia con paciencia.	77
6. Estudia mediante un proceso	91
7. Estudia con oración	109
8. Pon todo junto	115
9. Ayuda para maestras.	133
Conclusión: Busca Su rostro.	153
Recursos recomendados	159
Notas	161
Índice de textos bíblicos.	163

Prólogo

Cuando el Espíritu Santo abrió mis ojos para creer, fue como ser arrollado por un tren. Me enamoré de Jesús esa noche y no he podido dejar de amarlo desde entonces. Pero, si bien mi corazón estaba en llamas, mi mente estaba vacía. Hice cientos de preguntas esa noche y en los días posteriores.

En Su providencia, Dios puso a un hombre en mi vida que estuvo dispuesto a enseñarme qué era la Biblia en esta etapa temprana. Esta cita de Ed Clowney condensa lo que aprendí en aquellos primeros días:

Hay grandes historias en la Biblia... Es posible conocer historias en la Biblia y aun así pasar por alto la verdadera historia... La Biblia tiene una historia. Traza un drama que se está desarrollando. La narración relata la historia de Israel, pero no comienza allí ni contiene lo que esperarías de una historia nacional... Si olvidamos la trama, eliminamos el corazón de la Biblia. Las historias de escuela dominical son narradas como historias domesticadas de las historietas, en las que Sansón sustituye a Superman

Mujer de la Palabra

y David se convierte en una versión hebrea de Frodo, el hobbit, de *El señor de los anillos*. No, David no es un muchacho valiente que no le tiene miedo al gigante malo. Él es el ungido del Señor... Dios escogió a David como un rey conforme a su corazón con el propósito de hacer los preparativos para la venida del gran Hijo de David, nuestro Campeón y Libertador.¹

En los últimos 20 años, el Espíritu Santo ha usado la Escritura para animarme, reprendirme, moldear mi matrimonio, mi paternidad, mi actitud hacia el dinero y mi visión en medio de la tragedia, y reiteradamente ha llamado mi atención hacia Aquel en quien se centra la Biblia. Encuentro en mi corazón, por un lado, una verdadera pasión por ver que las personas conozcan y disfruten al Dios de la Biblia. En el otro extremo, siento una gran frustración cuando veo el daño, la pérdida y la falta de confianza que acompaña a la carencia de alfabetización bíblica.²

Esta es la razón por la cual estoy feliz de tener este libro entre mis manos. Jen Wilkin toma con seriedad la importancia de conocer al Dios de la Biblia. Ella es una de las mejores maestras a quien tuve la oportunidad de escuchar. Su enfoque para enseñarles a las personas a crecer en su conocimiento de la Escritura es accesible y útil, tanto si has sido cristiana durante décadas y sientes que es demasiado tarde para ti, como si eres una recién convertida deseosa de conocer y comprender al Dios de la Biblia. Su propuesta de cinco «P»: *propósito, perspectiva, paciencia, proceso y plegaria* te servirán en los días, las semanas y los meses por venir.

Tengo la certeza de que, mientras aprendas y practiques el método de Jen para estudiar la Biblia, serás cautivada por las historias de la Biblia y su gran historia, y cambiarás para siempre cuando llegues a conocer al Héroe de esa historia.

Cristo es todo,

Matt Chandler

Pastor principal, The Village Church

Presidente, Hechos 29 (red de plantación de iglesias)

Introducción

¿Cómo mueves una montaña?

Una cucharada de tierra a la vez.

Proverbio chino

Este es un libro que trata acerca de mover una montaña. Es mi propia montaña, aunque admito que pasé por alto su existencia hasta que tenía unos 20 años. Sospecho que también puede ser tu montaña, pero eso tendrás que decidirlo tú misma. A diferencia del pico Pikes o el Kilimanjaro, esta montaña no se anuncia de manera inmediata a nuestra vista: toma tiempo verla. Pero, felizmente, a diferencia de una montaña real, esta puede moverse. Esto es bueno porque al otro lado hay algo indeciblemente hermoso por contemplar.

Si hubiera semejante cosa como un pedigrí eclesiástico, el mío sería «raza mixta». Pasé mi niñez buscando una iglesia a la cual llamar casa, siguiendo a uno u otro de mis padres (quienes se habían divorciado cuando yo tenía nueve años) a sus pro-

Mujer de la Palabra

pios lugares de adoración. Durante un tiempo significativo, me congregué en siete diferentes denominaciones. En ese tiempo asistí a escuelas dominicales, escuelas bíblicas de vacaciones, grupos de jóvenes y retiros. Me rociaron cuando era una infante y me sumergieron cuando era una adolescente. Canté himnos de los himnarios preparados para música de órgano y entoné cantos de alabanza que se proyectaban en las pantallas y estaban preparados para música de guitarra. Aprendí a levantar mis manos en adoración y aprendí a mantenerlas sin levantar. Escuché sermones leídos de forma monótona y sermones dichos en voz alta y con energía. Aprendí la cadencia de los credos y las liturgias, así como la cadencia de las panderetas y la danza. Aprendí a tener un «tiempo devocional» y memoricé numerosos versículos bíblicos para ganar un viaje gratis a un campamento de verano. Aprendí cómo compartir el evangelio con mis amigos no creyentes. Yo era una niña de iglesia, aun cuando era una niña de muchas iglesias, que podía responder tan bien las preguntas de la escuela dominical que hacía que mis maestros se sintieran orgullosísimos.

En la universidad continué mis viajes a través de las denominaciones, leía los libros devocionales y asistía a los estudios bíblicos para avivar las llamas de mi fe. Durante mi último año me pidieron que dirigiera un estudio. Pero yo llevaba un secreto que no es inusual para las personas con mis antecedentes: no conocía mi Biblia. Claro, yo conocía partes de ella (recordaba historias de la escuela bíblica de vacaciones y podía citar versículos de cualquier parte del Nuevo Testamento y los Salmos), pero no sabía cómo las partes que conocía encajaban entre sí, mucho menos cómo encajaban con las partes que todavía no

conocía. Obstaculizando mi visión periférica, había una montaña de ignorancia bíblica que comenzaba a causarme preocupación. Aunque valoraba lo que sabía, me sentía cada vez más perturbada por lo que no sabía.

El tiempo que había pasado en todas esas distintas iglesias me había enseñado una preocupante verdad: todos los pastores tenían mucho que decir, pero no todos los pastores estaban diciendo las mismas cosas. ¿Quién tenía razón? ¿Existe un rapto o no? ¿Tiene Dios que contestar nuestras oraciones si oramos de cierta manera? ¿Debo bautizarme de nuevo? ¿Cuán antigua es la Tierra? ¿Los creyentes del Antiguo Testamento fueron salvados de manera distinta de los creyentes del Nuevo Testamento? En general, mis maestros sonaban igual de convincentes. ¿Cómo podía yo saber quién estaba interpretando de manera adecuada la Biblia y quién estaba enseñando mal? Experimentar en carne propia las consecuencias de la enseñanza equivocada despertó en mí un deseo de conocer por mí misma lo que la Biblia enseñaba.

El matrimonio y la maternidad aumentaron mi urgencia por aprender y me revelaron cuán mal preparada estaba para cumplir esos roles en maneras que honraran a Dios. Pero no sabía por dónde empezar para arreglar el problema. Parecía más que evidente que, si Dios nos había dado Su voluntad revelada en la Biblia, yo debería dedicar más tiempo para tratar de conocerla y comprenderla. Pero la tarea parecía abrumadora. ¿Por dónde debía comenzar? Y ¿por qué las cosas que estaba haciendo no me ayudaban a discernir mejor el problema? ¿Cómo se suponía que debía mover la montaña de mi ignorancia bíblica?

Mujer de la Palabra

La respuesta, desde luego, fue gloriosa en su simpleza. La respuesta era «una cucharada a la vez». Debo agradecer que alguien me diera una cuchara.

Reconozco que fui a mi primer estudio bíblico de mujeres buscando conversación adulta y tarta del café, aunque no necesariamente en ese orden. La tentación del cuidado gratuito de niños era más de lo que esta joven madre con un bebé de tres meses podía resistir; entonces me propuse salir de casa y regresar a la tierra de los vivos. Lo que encontré fue un ambiente cordial: un grupo de mujeres con un mismo sentir dispuestas a conectarse como comunidad, en oración y en el estudio. Lo que encontré, aunque no lo sabía entonces, fue el inicio de un proceso que me transformaría de estudiante en maestra, que me haría quedarme despierta en mi cama durante la noche pensando cómo poner más cucharas en las manos de más mujeres, orando que muchas montañas pudieran ser arrojadas al mar.

Este libro tiene el propósito de equiparte con la mejor cuchara que te puedo ofrecer. No pretende enseñarte solo una doctrina, concepto o historia, sino un método de estudio que te permitirá abrir la Biblia por tu cuenta. Tiene previsto desafiarte a pensar y crecer al usar herramientas accesibles a todos nosotros, ya sea que tengamos un diploma de bachillerato (secundaria) o un grado de seminario, ya sea que tengamos minutos u horas para dedicar cada día. Este libro se propone cambiar la manera en que piensas sobre el estudio de la Biblia.

Quizás tu historia no se parece en nada a la mía; quizás tú dedicaste tu vida entera a la misma iglesia o a ninguna. Sospecho que conoces esa tenue disconformidad que es producto de vivir a la sombra de una montaña.

Alguien dijo que llegamos a ser lo que contemplamos. Creo que no hay nada más transformador para nuestras vidas que contemplar a Dios en Su Palabra. Al fin y al cabo, ¿cómo podemos conformarnos a la imagen de un Dios que no hemos contemplado? Al otro lado de la montaña de mi ignorancia bíblica, había una visión alta y enaltecida de Dios, una visión que se extiende de Génesis a Apocalipsis que con desesperación necesitaba ver. Todavía no terminé de remover toda la montaña de mi campo visual, pero tengo la intención de ir a mi tumba con tierra bajo mis uñas y una cuchara apretada en mi puño. Tengo la determinación de que ninguna montaña de ignorancia bíblica me impedirá ver a Dios, tan claramente como me lo permitan los 70 u 80 años que viva sobre esta Tierra.

Por eso, este es un libro para aquellas que están preparadas para comenzar a cavar. Es un libro para aquellas que están preparadas para hacerle frente por completo a la montaña de su comprensión fragmentada de la Escritura, y esgrimiendo una cuchara, le ordenarán que se mueva.

Cambia las cosas

Toda Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, equipado para toda buena obra.

2 Tim. 3:16-17

Este es un libro para equipar a las mujeres a través del estudio de la Biblia. Fuera de mi familia, es lo que más aprecio. Pero no ha sido siempre igual. Mucho antes de que tuviera pasión por enseñar la Biblia, tenía una profunda y constante pasión por algo más. Cuando tenía cuatro años me encantaban las medias con pliegues de encaje.

¿Las recuerdas: esas medias para niñas pequeñas adornadas con cuatro filas de pliegues de encaje cosidas en la parte posterior? Me gustaban muchísimo. Cuando estaba en preescolar me ponía vestidos solo para poder usarlas. Cuando me quedaba sin vestidos que ponerme, sin darme por vencida, apretujaba esas medias bajo mis pantalones. ¿Abultado? Sí. ¿Incómoda? Absolutamente. ¿Bella? Sabes que sí.

Mujer de la Palabra

Me gustaba todo de ellas, excepto una cosa: los encajes estaban en la parte de atrás donde la persona que las usaba no podía disfrutar viéndolos. ¿Todo ese hermoso encaje fuera de la vista? Inaceptable. Pero, una simple solución se presentó por sí misma: comencé a usarlas al revés.

Problema resuelto. Hasta que mi madre me descubrió.

No sé si fue la parte del talón que se salía por la parte superior de mis zapatitos bajos con tiras de cuero sobre el empeine o la manera en que mi estómago estaba abultado de manera sospechosa bajo mi falda. Quizás era la forma extraña en que tenía que caminar para no caerme, o mi hábito frecuente de dar vueltas frente a los espejos. Solo diré que usar estas medias al revés me causaba varios problemas, que no habría tenido si las hubiera usado de manera correcta. Mi madre me dijo que usarlas al revés no era una opción. Estas medias fueron hechas para usarlas de cierta manera con un fin determinado, y era necesario que las diera vuelta o renunciara al privilegio de esas cuatro gloriosas filas de encaje.

Ojalá pudiera decir que esta fue la única ocasión en mi vida en que hice algo al revés. No la fue. Mi pasión por enseñar a las mujeres la Biblia es en realidad el resultado de haber hecho otras cosas al revés. Quiero compartirte dos enfoques que tomé para equiparme con las Escrituras y que al inicio parecían correctos, pero estaban completamente al revés.

Tal vez pienses que estudiar la Biblia debería ser algo que deberíamos saber hacer de manera intuitiva. Al fin y al cabo, si Dios revela Su voluntad y carácter allí, ¿no confiaría el Espíritu Santo Su mensaje a nuestros corazones? Pero este no es el caso. Sí, el Espíritu Santo nos confía la Palabra, pero no sin esfuerzo de nuestra parte.

¿Sabes que la palabra *discípulo* significa «aprendiz»? Como discípulas de Cristo, tú y yo somos llamadas a aprender, y aprender requiere esfuerzo. También requiere buenos métodos de estudio. Sabemos que esto es cierto respecto a nuestra educación, pero ¿sabemos que esto es cierto en cuanto a seguir a Cristo? Aunque fui una buena estudiante en la escuela, no siempre fui una buena estudiante de la Palabra y, por mis propios medios, quizás no me habría convertido en una. Pero gracias a la enseñanza fiel de otros, mi tendencia a hacer las cosas buenas al revés salió a la luz. Al cambiar mis dos enfoques sobre el estudio de la Biblia, que tenía al revés, me encaminé hacia un amor permanente por el aprendizaje, la aplicación y la enseñanza.

Cambio 1: dejemos que la Biblia hable de Dios

La primera cosa que hacía al revés parece tan obvia que es vergonzoso admitirla: no entendía que la Biblia es un libro sobre Dios. La Biblia es un libro que revela con audacia y claridad quién es Dios en cada página. En Génesis, lo hace al colocar a Dios como el sujeto de la narrativa de la creación. En Éxodo, lo compara con Faraón y los dioses de Egipto. En los Salmos, David alaba el poder y la majestad de Dios. Los profetas proclaman Su ira y Su justicia. Los Evangelios y las epístolas desarrollan Su carácter en la persona y obra de Cristo. Apocalipsis despliega Su dominio sobre todas las cosas. Desde el principio hasta el fin, la Biblia es un libro sobre Dios.

Quizás yo sí sabía que la Biblia era un libro sobre Dios, pero no me daba cuenta de que no lo estaba leyendo como tal. Aquí es donde hacía las cosas al revés: abordaba mi estudio bíblico con las preguntas equivocadas. Leía la Biblia y preguntaba: «¿Quién soy

yo?» y «¿Qué debo hacer?». Y la Biblia respondía estas preguntas en diferentes lugares. Efesios 2:10 me aseguraba que yo era hechura de Dios. El Sermón del Monte me indicaba que pidiera por el pan diario y acumulara tesoros en el cielo. La historia del rey David me decía que buscara ser conforme al corazón de Dios. Pero mis preguntas revelaban que tenía un sutil malentendido en cuanto a la misma naturaleza de la Biblia: creía que la Biblia era un libro sobre mí.

Creía que debía leer la Biblia para que me enseñara cómo vivir y asegurarme de que era amada y perdonada. Pensaba que era una hoja de ruta para la vida y que, en cualquier circunstancia, alguien que de verdad supiera cómo leerla e interpretarla podría encontrar un pasaje para dar consuelo y dirección. Creía que el propósito de la Biblia era ayudarme.

Con esta creencia, yo no era tan diferente de Moisés, parado frente a la zarza ardiente en el monte Sinaí. Sin demora, dentro de su visión hubo una revelación del carácter de Dios: una zarza en llamas, que le hablaba de manera audible y la cual milagrosamente no se consumía. Obligado por esta visión de Dios para ir ante Faraón y demandar la liberación de los cautivos, Moisés, avergonzado, replicó: «¿*Quién soy yo* para ir a Faraón, y sacar a los hijos de Israel de Egipto?» (Ex. 3:11).

Dios responde con paciencia haciendo de Sí mismo el sujeto de la narrativa: «Ciertamente yo estaré contigo» (Ex. 3:12). En vez de sentirse tranquilo por esta respuesta, Moisés pregunta qué debe hacer: «Entonces dijo Moisés a Dios: He aquí, si voy a los hijos de Israel, y les digo: “El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros”, tal vez me digan: “¿Cuál es su nombre?”, ¿qué les responderé?» (v. 13).

Date cuenta de que, en vez de indicarle a Moisés lo que debería hacer, Dios le declara lo que *Él* ha hecho, está haciendo y hará:

Y dijo Dios a Moisés: YO SOY EL QUE SOY. Y añadió: Así dirás a los hijos de Israel: «YO SOY me ha enviado a vosotros». Dijo además Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: «*El SEÑOR, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob*, me ha enviado a vosotros». Este es mi nombre para siempre, y con él se hará memoria de *mí* de generación en generación. Ve y reúne a los ancianos de Israel, y diles: «*El SEÑOR, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob*, se me ha aparecido, diciendo: “Ciertamente os he visitado y *he* visto lo que se os ha hecho en Egipto. Y *he* dicho: Os *sacaré* de la aflicción de Egipto [...]”». Y ellos escucharán tu voz; y tú irás con los ancianos de Israel al rey de Egipto, y le diréis: «*El SEÑOR, el Dios de los hebreos*, nos ha salido al encuentro. Ahora pues, permite que vayamos tres días de camino al desierto para ofrecer sacrificios al SEÑOR nuestro Dios». Pero *yo sé* que el rey de Egipto no os dejará ir, si no es por la fuerza. Pero *yo extenderé* mi mano y heriré a Egipto con todos los prodigios que *haré* en medio de él, y después de esto, os dejará ir. Y *daré* a este pueblo gracia ante los ojos de los egipcios; y sucederá que cuando os vayáis, no os iréis con las manos vacías. (Ex. 3:14-21)

El diálogo continúa en estos términos. A lo largo de un capítulo y medio de Éxodo, Moisés hace las preguntas equivocadas: ¿quién soy yo?, ¿qué debo hacer? En vez de contestarle: «Moisés,

tú eres mi siervo escogido. Tú eres mi valiosa creación, un líder talentoso y sabio», Dios le responde sacando por completo a Moisés como el sujeto de la discusión e incluyéndose a Él mismo. Le responde la pregunta autoenfocada de Moisés: «¿Quién soy yo?» con la única respuesta que importa: «YO SOY».

Nosotras somos como Moisés. La Biblia es nuestra zarza ardiente, una declaración fiel de la presencia y santidad de Dios. Le pedimos que nos hable sobre nosotras mismas y todo el tiempo nos está hablando sobre «YO SOY». Pensamos que si tan solo nos contara sobre quiénes somos y qué debemos hacer, entonces nuestras inseguridades, temores y dudas se desvanecerían. Pero nuestras inseguridades, temores y dudas nunca podrán ser destruidas por el conocimiento de quiénes somos. Estos solo podrán ser destruidos por el conocimiento de «YO SOY». Debemos leer y estudiar la Biblia con nuestros oídos adiestrados para escuchar la declaración de Dios sobre Sí mismo.

¿Esto significa que la Biblia no tiene nada que decirnos acerca de quiénes somos? En lo absoluto. Solo que nosotras pretendemos contestar esta pregunta al revés. La Biblia nos indica quiénes somos y qué debemos hacer, pero lo hace a través de las lentes de quién es Dios. El conocimiento de Dios y el conocimiento de uno mismo siempre van de la mano. En realidad, no puede haber verdadero conocimiento de uno mismo aparte del conocimiento de Dios. Él es el único referente confiable. Entonces, cuando leo que Dios es paciente, comprendo que yo no soy paciente. Cuando leo que Dios es tardo para enojarse, me doy cuenta de que yo me enojo con facilidad. Cuando leo que Dios es justo, tengo que reconocer que yo soy injusta. Al ver quién es Él, me muestra a plena luz quién soy yo. Una visión alta y enaltecida de Dios pone

de manifiesto mi pecado y aumenta mi amor por Él. El dolor y el amor llevan a un genuino arrepentimiento y yo comienzo a ser conformada a la imagen de Aquel a quien contemplo.

Si leo la Biblia para encontrarme a mí misma en el texto antes de encontrar a Dios allí, quizás aprenda que no debería ser egoísta. Tal vez ponga más empeño en no ser egoísta. Pero hasta que no vea mi egoísmo a través de las lentes de la absoluta generosidad de Dios, no habré comprendido bien la pecaminosidad del egoísmo. La Biblia es un libro sobre Dios. Así como Moisés aprendería durante el Éxodo, *quién era él* no tendría ningún impacto en el desenlace de su situación. *Quién era Dios* hacía toda la diferencia.

En el Nuevo Testamento leemos que Jesús abordó el mismo problema con los líderes de los judíos: «Examináis las Escrituras porque vosotros pensáis que en ellas tenéis vida eterna; y ellas son las que *dan testimonio de mí*; y no queréis venir a mí para que tengáis vida» (Juan 5:39-40). Los líderes judíos estudiaban las Escrituras haciéndose las preguntas incorrectas, esperando que la imagen equivocada les fuese revelada.

Si la vida eterna se encuentra en las Escrituras, se encuentra a través de las lentes de quién es Dios. Si nuestra lectura de la Biblia se enfoca en alguien más que Dios, hemos comprendido al revés el proceso de transformación. Cualquier estudio de la Biblia que busca establecer nuestra identidad sin primero proclamar la identidad de Dios proveerá ayuda parcial y limitada. Debemos cambiar nuestro hábito de preguntar: «¿Quién soy yo?». Debemos primero preguntar: «¿Qué me enseña este pasaje sobre Dios?» antes de pedirle que nos enseñe algo sobre nosotras mismas. Tenemos que reconocer que la Biblia es un libro sobre Dios.

Cambio 2: dejemos que la mente transforme el corazón

La segunda cosa que tenía al revés en mi enfoque a la Biblia era la creencia de que mi corazón debía dirigir mi estudio. El corazón, como lo describe la Escritura, es el asiento de la voluntad y las emociones. Es la parte que «siente» y «toma las decisiones». Permitir que mi corazón dirigiera mi estudio significaba que esperaba que la Biblia me hiciera sentir de cierta manera cuando la leyera. Quería que me diera paz, consuelo o esperanza. Quería que me hiciera sentir más cerca de Dios. Quería que me diera seguridad en cuanto a las decisiones difíciles. Ya que quería que la Biblia despertara mis emociones, entonces dedicaba poco tiempo a libros como Levítico o Números, y mucho más tiempo a libros como los Salmos y los Evangelios.

La Biblia nos manda amar a Dios con todo nuestro corazón (Mar. 12:30). Cuando afirmamos que amamos a Dios con todo nuestro corazón, queremos decir que lo amamos por completo con todas nuestras emociones y nuestra voluntad. Conectar nuestras emociones con nuestra fe se da de manera natural para las mujeres: por lo general, sabemos cómo ser emotivas sin mucha orientación. Si consideramos el corazón como el asiento de nuestras emociones y nuestra voluntad, parece razonable que a menudo nos acerquemos a la Palabra de Dios y preguntemos: «¿Quién soy yo?» y «¿Qué debo hacer?». Estas preguntas abordan el corazón de forma exclusiva. Y nosotras hablamos muchas veces en la iglesia sobre cómo el cristianismo es una religión del corazón, de cómo Cristo viene a nuestros corazones, de cómo necesitamos un cambio de corazón. Es

correcto referirse al cristianismo de esta forma, pero no únicamente de esta forma.

Es interesante señalar que el mismo versículo que nos manda amar a Dios con todo nuestro corazón, además nos manda a amarlo con toda nuestra mente. Nuestras mentes son el asiento de nuestro intelecto. Conectar nuestro intelecto con nuestra fe no se da de manera natural para la mayoría de nosotras. Vivimos en una época cuando la fe y la razón se describen como polos opuestos. En ocasiones, la iglesia incluso ha adoptado esa clase de lenguaje. Para algunas de nosotras, la fortaleza de nuestra fe se mide según cuán cerca de Dios nos sintamos en un momento determinado, cómo nos hizo sentir un sermón o un coro de alabanza o nuestro tiempo devocional. Escondido en este razonamiento hay un deseo honesto de tener una relación profunda con un Dios personal, pero mantener nuestras emociones puede ser agotador y frustrante. Un cambio en las circunstancias puede derribar nuestra estabilidad emocional en un solo instante. Nuestro «caminar con el Señor» puede sentirse más como un viaje de altibajos en la montaña rusa que como un camino recto en el cual los valles y los montes han sido nivelados.

¿Podría ser porque comprendimos las cosas al revés? Al pedir a nuestros corazones que dirijan nuestras mentes, ¿hemos comprado voluntariamente un boleto para subirnos a la montaña rusa? A menos que cambiemos las cosas, es decir, a menos que pongamos la mente al mando del corazón, podríamos estar emprendiendo un viaje largo y alocado.

Pedirnos que pongamos nuestras mentes antes que nuestros corazones no suena muy espiritual, ¿no? Pero presta atención a la manera en que la Escritura se refiere al papel de la mente:

Mujer de la Palabra

Al arrepentirse: «si se vuelven a ti con todo su corazón y con toda su alma en la tierra de sus enemigos [...], entonces escucha tú desde los cielos, el lugar de tu morada, su oración y su súplica...» (1 Rey. 8:48-49).^a

Al buscar a Dios: «Dispongan ahora su corazón y su alma para buscar al SEÑOR su Dios...» (1 Crón. 22:19, NBLH).^b

Al encontrar la paz: «Tú guardarás en completa paz a aquel cuyo pensamiento en ti persevera; porque en ti ha confiado» (Isa. 26:3, RVR1960).

En la adoración correcta: «Porque si yo oro en lenguas, mi espíritu ora, pero mi entendimiento queda sin fruto. Entonces ¿qué? Oraré con el espíritu, pero también oraré con el entendimiento; cantaré con el espíritu, pero también cantaré con el entendimiento» (1 Cor. 14:14-15).

Al entender las Escrituras: «Y [Jesús] les dijo: Esto es lo que yo os decía cuando todavía estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo que sobre mí está escrito en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió la mente para que comprendieran las Escrituras» (Luc. 24:44-45).

Al transformarnos: «Y no os adaptéis a este mundo, sino transformaos mediante la renovación de vuestra mente, para

a La palabra hebrea *néfesh* es alma en el sentido más general y también de manera particular se entiende como «mente».

b Ibid.

que verifiquéis cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, aceptable y perfecto» (Rom. 12:2).

No te apresures y pases por alto la verdad crucial que acabas de leer en Romanos 12:2. ¿Qué cristiano no desea con desesperación una transformación de la vida y el conocimiento de la voluntad de Dios? En estos versículos, Pablo afirma de modo inequívoco cómo podemos obtenerlos: mediante la renovación *de nuestras mentes, no de nuestros corazones*.

Durante años intenté amar a Dios con mi corazón y descuidé mi mente, no reconocí mi necesidad de crecer en el conocimiento del «YO SOY». Cualquier estudio sistemático de la Biblia lo sentía mecánico, incluso como un acto de falta de fe o una admisión de que la iluminación del Espíritu Santo no era suficiente para mí. Pero se me escapaba la importante verdad de que *el corazón no puede amar lo que la mente no conoce*. Este es el mensaje de Romanos 12:2, no que la mente sola afecta la transformación, sino que el camino a la transformación corre desde la mente hacia el corazón, y no al revés.

La comunidad científica ha observado que este es el orden en que ocurre la conexión: primero la mente, después el corazón. Paul Bloom, profesor de la Universidad de Yale, con un doctorado en Psicología Cognitiva, se especializa en la investigación sobre el placer, el estudio de cómo nosotros los humanos desarrollamos la capacidad de obtener placer de las personas, experiencias y cosas. A través de su investigación descubrió que el placer no simplemente ocurre, sino que se desarrolla. El cómo se desarrolla es un punto digno de observar: «Las personas me preguntan: “¿Cómo obtienes más placer de la vida?”. Y mi respuesta es en extremo

pedante: “Estudia más...”. La clave para disfrutar el vino no es solo tomar una gran cantidad de vino caro, es aprender sobre el vino». ¹

Bloom ha descubierto que el placer resulta de adquirir conocimiento sobre el objeto de nuestro placer y no, como podríamos asumir, de experimentarlo una y otra vez. En concreto, nuestro placer aumenta cuando aprendemos su historia, origen y naturaleza más profunda. ² Esto tiene especial relevancia para los cristianos. Somos llamados a ser un pueblo que se deleita en el Señor, que podemos decir con convicción que «... en tu diestra, [hay] deleites para siempre» (Sal. 16:11). Muchas de nosotras nos identificamos sin dificultad con el llamado hedonismo cristiano. ^c Sin embargo, luchamos todos los días por vivir como aquellas cuyo mayor deleite se encuentra en Dios. Si Bloom tiene razón, encontrar un deleite mucho mayor en Dios no resultará de buscar más experiencias con Él, sino de conocerlo mejor. Esto será el resultado de realizar un estudio de la Deidad.

Piensa sobre la relación, la posesión o el interés del cual obtienes mayor placer. ¿Cómo desarrollaste ese deleite? Si te apasiona el arte moderno, tu auto, la conservación de la naturaleza, tu esposo, la nutrición, la educación o el béisbol, supongo que te volviste así porque aprendiste sobre el objeto de tu pasión, y que tu placer en esto o aquello creció conforme aumentó tu conocimiento.

El matrimonio quizás sea el ejemplo más evidente de este proceso. Casi todos se casan con muy poca información. ¿Te diste cuenta de eso? Invertimos nuestro futuro en una relación relativamente corta, en gran parte debido a un torrente de emociones que nos golpea durante la fase del noviazgo. Nos casamos,

c Para conocer más sobre este tema, lee *Cuando no deseo a Dios*.

inundadas de amor por nuestro esposo, pero conocemos muy poco sobre él en comparación con el resto de las cosas. Esos sentimientos iniciales de amor menguan o se profundizan, según los alimentamos. Al mirar en retrospectiva, puedo afirmar de manera honesta que amo a mi esposo exponencialmente más de lo que lo amaba el día de mi boda. ¿Por qué? Porque lo he estudiado a él, y él a mí. Al conocerlo más, ha crecido mi amor por él. El día de nuestra boda, yo sospechaba que él sería un buen padre, un buen trabajador y un fiel interlocutor (alguien que escucharía y me ofrecería su opinión), pero 20 años después sé que él es todas estas cosas. Mi amor por él creció según lo he ido conociendo más y más.

Ahora piensa sobre tu relación con Dios desde la misma perspectiva. La mayoría de las personas vienen a la fe en Dios con muy poca información. Comprendimos que necesitamos perdón y gracia, y fuimos guiados al reino sobre una ola de profunda emoción. Pero solo percibimos algo de Aquel que nos llevó a Sí mismo. Sospechamos que Él es todo aquello que es bueno, pero no hemos hecho todavía un estudio de Él. Como una recién casada, llegamos al final de la luna de miel y comenzamos a preguntarnos cómo vamos a mantener y alimentar esta relación.

La respuesta consiste en conocer a Dios, en amarlo con nuestras mentes. Nunca la expresión «conocerlo es amarlo» ha sido más veraz. Según crecemos en el conocimiento del carácter de Dios, mediante el estudio de Su Palabra, no podemos hacer otra cosa que no sea amarlo exponencialmente más. Esto explica la razón por la cual Romanos 12:2 afirma que nosotras somos transformadas por la renovación de nuestras mentes. Llegamos a comprender quién es Dios y somos cambiadas; nuestros afectos

Mujer de la Palabra

se distancian de las cosas de menos valía y se conectan con Él. Si queremos sentir un amor más profundo por Dios, debemos aprender a verlo con más claridad por quién es Él. Si queremos sentir de manera más plena en cuanto a Dios, debemos aprender a pensar más a fondo en cuanto a Él.

Considera otra ilustración: si yo te contara que amo el piano y disfruto interpretar música mediante este instrumento, ¿cómo podrías descubrir si mis sentimientos hacia el piano son reales o no? Simple. Solo pídemle que interprete algo para ti. Una persona que en verdad ama interpretar este instrumento se disciplina para estudiarlo. Mediante mucha aplicación de disciplina mental, su dominio al interpretar y, por ende, su amor por la interpretación, crece y florece.

El corazón no puede amar lo que la mente no conoce. Sí, es pecaminoso adquirir conocimiento por el conocimiento mismo, pero adquirir conocimiento sobre Aquel a quien amamos, porque queremos amarlo de manera más profunda, será siempre para nuestra transformación. Debemos amar a Dios con nuestras mentes, y permitirle a nuestro intelecto que informe a nuestras emociones, y no al revés.

Dios antes que yo; primero la mente, luego el corazón

Vernos a nosotras mismas en la Biblia e involucrar nuestras emociones al amar a Dios son cosas hermosas. Son como los metafóricos pliegues de encaje en las medias de nuestro estudio de la Biblia. Pero estos pliegues deben estar en la parte posterior, una gratificación secundaria al buscar de manera obediente lo que es primario. El estudio de la Biblia que equipa no descuida el

conocimiento de uno mismo, pero lo coloca en el lugar correcto: es instruido por el conocimiento de Dios. El estudio de la Biblia que equipa no aparta el corazón del estudio, sino que coloca al corazón en el lugar correcto: es instruido por la mente.

Quizás tú tienes las cosas al revés como yo. Quizás te has dado cuenta de la molestia que sientes por el estudio de la Biblia que se enfoca en quién eres y lo que debes hacer, más que en quién es Dios; o por el estudio de la Biblia que apunta a tus emociones más que a tu intelecto. No es demasiado tarde para cambiar las cosas. Avancemos y pidamos al Señor que nos muestre un acercamiento para aprender la Biblia «con los pliegues de encaje en la parte posterior».

COALICIÓN POR EL EVANGELIO es una hermandad de iglesias y pastores comprometidos con promover el evangelio y las doctrinas de la gracia en el mundo hispanohablante, enfocar nuestra fe en la persona de Jesucristo, y reformar nuestras prácticas conforme a las Escrituras. Logramos estos propósitos a través de diversas iniciativas, incluyendo eventos y publicaciones. La mayor parte de nuestro contenido es publicado en www.coalicionporelevangelio.org, pero a la vez nos unimos a los esfuerzos de casas editoriales para producir y colaborar en una línea de libros que representen estos ideales. Cuando un libro lleva el logo de Coalición, usted puede confiar en que fue escrito, editado y publicado con el firme propósito de exaltar la verdad de Dios y el evangelio de Jesucristo.

TGC | COALICIÓN